

dogmas elaborados con propósito distinto del pleno desenvolvimiento de la inteligencia y del corazón, el olvido de las ciencias, la pérdida ó el desdén por las prácticas higiénicas y saludables, la antipatía para todo lo que es desarrollo libre del espíritu y del cuerpo, en una palabra, la superstición y la autoridad sustituidas al pensamiento libre y á la conducta libre *en todas* las esferas de la *vida* social y privada, no pueden producir otra cosa que lo que produjeron, esto es, el egoísmo y prostitución de las clases dominantes; el odio congénito para todos los que no profesan el mismo culto y la consiguiente intolerancia; el descuido de todo aseo; la creencia de que se debía perseguir á los herejes, y odiarlos, y asesinarlos; el sentimiento de sumisión absoluta á la excomunión del Cura, del Obispo, del Papa; las prácticas idolátricas sustituidas al sentimiento verdaderamente religioso; la difusión, propagación y multiplicación de milagros, amuletos, ritos ridículos de culto, penitencias, oraciones, ofrendas, con las cuales se pretendía rescatar las penas de los pecados y atraerse el favor divino, y por lo mismo hacer consistir la moral, la virtud, la dignidad humana en ceremonias que casi degeneraban en magia, á la vez que en el fondo del corazón existían todas las bajezas de la naturaleza, todos los odios del egoísmo y todas las disposiciones para el mal. Así, bajo el delirio de ideales religiosos y sometándose á penitencias y ritos crueles se reúnen en torno de los promovedores de las cruzadas millares de bandidos y de ociosos y de caudillos inquietos y levantiscos, y estas masas de creyentes que van á rescatar el sepulcro de Cristo, son como una plaga temible que cometen en esa expedición toda clase de crímenes, creyéndose autorizados para ello, y sin el

menor remordimiento de conciencia; así venden los Papas y sus agentes á diverso precio, tarifando los delitos, las bulas de indulgencias por pecados y crímenes, y las masas se apresuran á comprar esas indulgencias para librarse del reato de sus delitos— así Roma y todas las sillas episcopales se convierten en centros de explotación de las más groseras supersticiones; así se decretan por los Papas jubileos que lle- á Roma los tesoros de toda Europa y los peregrinos que dejan sus familias, sus ocupaciones, sus negocios, arriesgan los peligros de caminos difíciles, hacen derroche de su fortuna para ir á Roma á compurgar sus pecados con prodigalidades ruinosas; así los Reyes se hincan sumisos ante los Obispos y ante los altares y enriquecen á los conventos á la vez que asesinan á sus deudos ó asesinan y roban á sus súbditos; así las supersticiones más groseras, jubileos, bulas de indulgencia, peregrinaciones, ofrendas á los templos, donaciones de bienes al clero, amuletos ridículos, milagros, apariciones de santos, penitencias ridículas, silicios, sayales, procesiones de flagelantes, etc., etc., hacen las veces de moralidad, hundiéndose en ese cieno y en esa noche de prácticas y fórmulas supersticiosas los verdaderos sentimientos de la dignidad, del amor á los semejantes, de respeto mutuo, de aseo y decoro personal, en una palabra, de todo aquello que se llama y debe llamarse propiamente *moralidad ó buenas costumbres*.

335 Si de la degradación de estas pasamos al estado intelectual de la edad media, el retroceso no puede ser más visible, mas triste, más deplorable. No es una frase de clamatoria, no, la que dice que durante ocho ó diez siglos las mas espesas tinieblas de la ignorancia envolvieron á Europa y con ella al mundo

civilizado y que en la historia del progreso humano se abrió ancho paréntesis; no es una simple metáfora ese pensamiento, es un hecho. En vano algunos pensadores (no nos referimos á los declamados como De Maistre) Tarde, por ejemplo (Etudes de *Psychologie Sociale*) dicen lo que sigue: «que durante la edad «media, consideradas las ciencias desde el punto de «vista de su vulgarización y de su propagación imi- «tativa, no solamente no han progresado, sino que «han singularmente *retrogrado* (*regressé*); más al «contrario, consideradas como haz de descubrimien- «tos é invenciones. (imitadas ó no en una época cual- «quiera, pero siempre susceptibles de difundirse imita- «tivamente, con tal que de generación en generación «se haya transmitido el conocimiento de la lengua don- «de están escritos los libros ó manuscritos depositarios «de estos grandes secretos) las ciencias no han cesado «de crecer en la edad media enriquecidas entonces por «nuestro sistema de numeración, por los elementos «de álgebra, por los innumerables hechos recogidos «por los alquimistas y aun por los astrológos.»

336 En vano se invocan estos y otros hechos aislados, casuales y extracientíficos para sostener que bajo algún aspecto al menos el espíritu humano continuó su progreso durante ese periodo. Para nosotros el único progreso, absolutamente el único, fué negativo, político y sin propósito preconcebido y consistió en la destrucción del Cesarismo (que en vano quisieron resucitar genios como el de Carlo Magno, Carlos V, los Papas y mas tarde Napoleón) para dar lugar á las *nacionalidades* y con ellas el derecho internacional y con este al sentimiento de igualdad jurídica de la especie humana. (1) Pero este progreso

[1] "La gran diferencia [dice Renan] que hay en mi concepto

como un fermento puramente físico, una evolución *inconsciente* de energías sociales, una lucha fatal de las anarquías, de las tradiciones, de las geografías, de

entre la antigüedad y los tiempos modernos y cuyas consecuencias se extienden al orden social todo entero, consiste en un punto fundamental y es la manera absolutamente opuesta de concebir al Gobierno. El *Estado* antiguo, ya revista la forma monárquica, como en Oriente, ó la de República como en Grecia, ó la de un Principado militar como en la época del Imperio romano, es siempre absoluto. Se partía de esta idea que, la comunidad puede todo sobre los que la componen, que no hay resistencia legítima contra el Estado, que el individuo solo tiene derecho de desenvolverse según la ley del Estado. La libertad para la antigüedad, fué únicamente la independencia nacional; en realidad no se era más libre en Esparta que en Persépolis. La *ley* era algo mejor sin duda que la *voluntad del Gran Rey*; pero no por eso era menos tiránica, en el sentido de que ella se mezclaba en multitud de cosas que según nuestras ideas no atañen sino al individuo. Cada Estado de la antigüedad teniendo así un principio orgánico muy estrecho y muy exclusivo atravesaba rápidamente las diversas fases de la vida; la decadencia venía fatalmente después del esplendor; las hegemonias y las dinastías se sucedían según reglas en cierto modo calculables y el mundo antiguo en su conjunto acabó por abismarse. Un fenómeno como el de la civilización moderna llevando en sí misma el germen de progreso indefinido, ó bien como el de Francia, conservando durante ochocientos años una misma dinastía siempre muy poderosa á pesar de periodos de reveses, es sin ejemplo en los Estados de la antigüedad.

La raza germánica rompiendo los moldes del imperio romano hizo la más grande revolución de la historia del mundo. Fué la victoria del individuo sobre el Estado. El Imperio por su despotismo administrativo había de tal modo debilitado al mundo *civilizado*, que bastó una imperceptible minoría para abatirlo; un puñado de bravos aventureros le hizo el servicio de conquistarlo. El espíritu de los pueblos germanos era el individualismo más absoluto; la idea del *Estado* les era completamente extraña; todo reposaba entre ellos sobre compromisos libremente contraídos bajo la *fidelidad*, sobre la unión pasajera de individuos asociados para

los intereses materiales, sin que un programa, un ideal, un gran horizonte intelectual hayan impreso el sello de la ciencia y la dirección del espíritu á esas

una obra común. El último término de este principio social fué el feudalismo. Cuando tengamos una buena historia de la nobleza francesa, se verá que cada centro de familias feudales corresponde á un centro de colonización germánica y que la mayor parte de las familias verdaderamente antiguas de Francia remontan á un establecimiento de la época carlovinigia. En efecto, el espíritu del feudalismo es el espíritu germánico por excelencia. El hombre libre no debe al Rey sino aquello á que se obligó; y queda libre de sus deberes si el Rey no observa los suyos; él solo es solo juez de este último punto y si no está satisfecho de su Soberano puede ciertamente hacerle la guerra muy honorablemente. Joinville es sin disputa el tipo de la lealtad caballeresca; se sabe además cuanta afección personal tenía por San Luis... (y sin embargo lo amenazó con una revuelta). ¿Se concibe uno de los Generales de Constantino ó de Theodosio escribiendo al Emperador que por algunos agravios personales abandonaba el servicio del Estado? No quiero desconocer la parte que el *cristianismo* tuvo en esta revolución por el progreso que hizo hacer á la moralidad general y por el sentimiento de respeto *por la dignidad del hombre que todos sus dogmas respiran*. No podría sin embargo decirse que la libertad política fué su obra; parece mas bien que en ciertos momentos la ha dañado. Habiendo engrandecido en oposición á la idolatría del Estado que era el espíritu mismo del Imperio, el cristianismo fué verdaderamente durante tres siglos la protesta de la conciencia contra el yugo oficial; pero ni un solo momento en la lucha heroica que sostuvo, se le ve tomar ó apuntar una idea política. A partir del siglo IV, época de su íntima alianza con el despotismo romano, muestra una preferencia marcada por los poderes absolutos, cuando estos consienten en hacerse perseguidores á provecho de la religión. Durante la primera época de la invasión germánica y aun bajo Carlo Magno la acción del clero civilizador en un sentido, corruptora en otro, se ejerce toda entera en favor de ideas romanas; los Obispos son los que dan á los caudillos germanos las ideas de soberanía en que éstos no pensaban. El Papado á partir del siglo VII prestó, es cierto, servicios á la libertad

mecánicas oscilaciones de los pueblos, de las rasas y de los intereses. El espíritu científico, la conciencia verdaderamente esclarecida que había sido iluminada por los ideales de Platon, por las especulaciones de Aristóteles, por la tradición científica de los griegos perpetuada en el cenáculo de Alejandría, por el derecho romano, esa conciencia fué no solamente olvidada, sino intencionalmente decapitada por los Emperadores romanos que decretaron (Véase nota del núm. 210 de esta obra) la destrucción de las escuelas científicas de Atenas y Alejandría, por los Obispos y por los Papas que inspiradores de esos decretos imperiales, erigieron en único criterio de toda ciencia moral y física la Biblia y en único criterio de doctrina moral las decisiones de los Obispos primero, y lue-

impidiendo la formación de soberanías laicas muy poderosas; pero el Pontificado mismo trabajaba por su cuenta en nombre de un principio de centralización universal que en su esfera era muy tiránico, y que se hubiera hecho más despótico aun si hubieran podido los Pontífices romanos hacerse verdaderos jefes de la cristiandad, y realizar la especie de Califato á que aspiraban.... La edad media, exceptuando algunos escolásticos peripatéticos, que comentaban á Aristóteles sin inquietarse de la realidad que les rodeaba, no tiene ninguna idea de la nación como fuente del poder; el Rey es *propietario* de su corona... Una consecuencia no menos importante de la transformación de la Europa por las razas, llamadas bárbaras, fué su división en un número determinado de Estados fuertemente constituidos y cuyas rivalidades han hecho abortar todos los sueños de monarquía universal... La uniformidad es el despotismo, y recíprocamente, el despotismo completo y durable solo ha sido posible con la monarquía universal..... y así la división de la Europa ha venido á ser la garantía de la libertad; esa división ha hecho posible la *Reforma*, la Filosofía; ella romperá todas las tiranías al estilo antiguo y preservará al mundo moderno de la inevitable ruína reservada á las sociedades que no tienen contrapeso. (*Philosophie de l'histoire contemporaine.*)

go las decisiones de los Pontífices romanos, poniendo un freno de fuego y de martirio á la individual especulación, al libre pensamiento humano.

337. Nada tiene por lo mismo de sorprendente que la irrupción de los pueblos bárbaros por un lado, por el otro la sistemática persecución de la filosofía ó ciencia profana, así como tambien el sello exclusivamente teológico, dogmático, religioso y supersticioso impreso á la única actividad permitida al espíritu hayan producido, hayan engendrado aquella noche diez veces secular para las ciencias y para la verdad. Nada tiene de extraño que llegase un día, como llegó, en que es signo de nobleza, y preminencia, y distinción sociales el ignorar la lectura y la escritura; en que sea necesario que los Concilios dicten cánones para que no sean ordenados Presbíteros, ni consagrados Obispos, sino los que sepan leer y escribir; en que haya Reyes que no saben ni escribir su firma y Prelados que ignoran las oraciones más vulgares. (Véase nuestra nota á este párrafo con la palabra *Costumbres*); en que se pierden en las ruinas del imperio romano las obras inmortales de filósofos, jurisconsultos y literatos, salvándose con dificultad algunas de las pocas que han llegado hasta nuestros días; en que el idioma latino se barbariza, sin que los idiomas modernos hayan adquirido carta de ciudadanía en la república de las letras ó del lenguaje culto; en que pasan años y más años sin que aparezca un libro, un solo libro en que se conserve, ya que no se perfeccione, y se exponga con claridad el caudal de ciencias, de conocimientos del órden físico, moral ó social conquistados por la clásica antigüedad; en que tambien pasan años tras años sin que ilumine esas tinieblas del espíritu medioeval ó dulcifique la rudeza y barbarie de sentimien-

tos una sola obra de arte, de verdadero arte, de ese arte que refleja las nobles aspiraciones del alma ó las profundas catástrofes del corazón, ó las tragedias de la historia; ni una sola pluma, ya no creadora, pero siquiera que imite á Sófocles, á Virgilio, á Herodoto, á Ciceron; ni un pincel que inicie á lo menos, como el de Giotto, que inicie á los adoradores de huesos y reliquias groseras y de figuras parecidas á ídolos, en la idealización de las formas, en el arte de espiritualizar la idolatría; ni un intérprete siquiera de esos sollozos del alma mística que se exhalan en las notas de Palestrina y de Marcelo y que ahogue el semi-salvarumor de groseras salmodias; ni un erudito que enseñe á sus contemporáneos las leyes de la proporción y de la medida, leyes irrevocablemente consagradas por los que levantaron el Parthenon, y leyes tristemente olvidadas hasta el día en que la fuerza del dolor y de la desgracia hizo que Europa exhalase sus penas y esperanzas en gemidos de piedra que traducen las ojivas misteriosas y las arrogantes bóvedas de las catedrales góticas.

338. Bárbara muy bárbara debe llamarse una época que cree en la intervención diaria del diablo en las cosas humanas, que cree en las hechicerías y pactos con el demonio, en las brujas y aquelares, que tiene liturgias y ritos aprobados por la Iglesia para expulsar á los demonios y curar á los posesos, que multiplica los procesos y martirios contra hechiceras, que acepta la existencia de incubos y súcubos y tiene oraciones y castigos para esos actos; bárbara, muy bárbara debe llamarse una época en que todo el mundo, sábios y doctores, Reyes y Obispos, teólogos y juristas creían en milagros y explicaban multitud de fenómenos por milagros y escribían muy se-

riamente historias verídicas de milagros de los vivos y de los muertos, y de las reliquias; una época en que se disputan los huesos y las reliquias de los santos atribuyéndoles poderes y fuerzas sobrenaturales, en que se cree en los estigmatizados y estigmatizadas y se interpretan los fenómenos históricos como comunicaciones sobrenaturales con la Divinidad; en que las casas, los templos, los cuerpos, las habitaciones están cubiertas y henchidas de amuletos, de talismanes, de huesos de santos; en que los sacerdotes, los Obispos, los Papas trafican con reliquias, con la cera de *agnus Dei* cuya explotación se reserva la curia romana (Juan XXII reservó á los Papas la impresión y venta de los amuletos ó reliquias de cera llamada *agnus Dei*); en que los templos se convierten en teatros de bufonadas y representaciones grotescas de los dogmas, llamados autos *sacramentales*, en que la idolatría es tan grosera y salvaje que los pueblos pierden toda idea espiritual para no ver, ni adorar sino las formas materiales, toscas de imágenes milagrosas, llegando hasta ver con desprecio y desdén el culto al Dios vivo que habita en la sagrada hostia y posponerlo al culto delirante é idolátrico tributado á imágenes pomposas de la Virgen (Véase el precioso estudio de L. Fernandez Moratin titulado *Autos de Fé*); en que las epidemias se consideran como azote de la Divinidad y son perseguidos los enfermos ó abandonados cruelmente como criminales; bárbara muy bárbara debe llamarse una edad en que era preciso decretar *treguas* al amparo de la superstición para contener los desmanes, asesinatos y depredaciones de Reyézuos y nobles, en que la Europa entera agota sus energías en anárquicas, y depredatorias, y devastadoras expediciones al Oriente para rescatar el sepulcro de

Cristo; en que millares de gentes abandonan sus familia, sus haciendas, sus intereses para ir á visitar el sepulcro de un santo ó al templo de una virgen; en que cuando los Papas (Bonifacio VIII sobre todo) desean henchir de dinero las arcas de la Curia romana les basta predicar un júbileo, y pueblos enteros acuden á Roma en busca de perdón espiritual comprado con riquezas, en que recorren toda la Europa emisarios de Roma vendiendo la bula de la Santa Cruzada, esto es, vendiendo los favores celestiales como se vende cualquier mercancía, y obligando á pobres y ricos, á menesterosos y desvalidos á comprar esos diplomas religiosos so pena de ser perseguidos como herejes; en que basta que un Papa predique la cruzada contra un Soberano con el objeto de apoderarse de su reino para que los pueblos y los súbditos abandonen á ese Soberano; en que las excomuniones se convirtieran en arma de Obispos intrigantes, Papas ambiciosos y Abades corrompidos para explotar á los ignorantes y robar á sus rivales, llegando la ignorancia y la degradación y la abyección de los pueblos á tal extremo que cuando el Papa lanzaba sus anatemas justos ó injustos, sus entredichos inspirados en ambiciosos y tiránicos proyectos, «las familias caían al rayo pontificio en la desolación; tornábase los hogares en purgatorio; toda ceremonia religiosa se suspendía, todo «sacramento eclesiástico se negaba implacablemente «al pueblo excomulgado; cerrábase las puertas de las «iglesias refugio de las almas, resúmen de la vida, «plaza, templo, mercado, teatro, sepulcro, santuario; «nacían los hijuelos y no les daban el bautizo, amaban los mozos y no podían santificar ni legitimar sus «amores, la mujer propia se convertía en concubina «y el hijo en bastardo; agonizaban los enfermos de